

TOTALMENTE ABANDONADA POR ELLA

Un distrito llamado Democracia

GLADYS MEDRANO

Los caseríos Buruica, El Caracaro y La Campana pertenecen a Pedregal, Distrito Democracia (Edo. Falcón). Estos caseríos quedan a cuatro horas de Pedregal; es difícil llegar a ellos porque la carretera está en completo estado de abandono, con un alto grado de peligrosidad por los barrancos. La vegetación que los rodea es de tunas y cufjés.

El campesino es pobre y vive en condiciones infrahumanas; sus ranchos son de barro. Se dedican a la cría de chivos y producen algo de queso, pero esto no les alcanza para vivir porque les pagan poco por la venta de este producto.

La mujer campesina es sencilla, en su rostro se refleja el sufrimiento de muchos años de explotación; se dedican a ayudar en las tareas del campo y a los oficios del hogar. La mujer no es tomada en cuenta, es pisoteada y humillada; cada madre tiene como mínimo de nueve a catorce hijos. Dan a luz a sus hijos, solas, porque en la zona no existen dispensarios y los médicos brillan por su ausencia; tampoco cuentan con lo indispensable para primeros auxilios. Algunas mujeres tejen chinchorros para la Cooperativa de Pedregal; es aquí donde están tomando un poquito de conciencia pero les falta mucho, porque ellas mismas no son conscientes de su papel.

A pesar de sus sufrimientos, cantan durante los quehaceres y en estos cantos reflejan lo que viven: La Batea, por ej.; lo oí cantar a varias:

La batea donde lava
la mujer trabajadora
con voz húmeda y clara
me canta desde el agua
corriendo por las venas
de la mujer del pueblo
va rompiendo cadenas
y construyendo sueños.

En estos caseríos no hay luz eléctrica y la gente se alumbra con mechones fabricados por ellos mismos, con potes vacíos de aceite que llenan de kerosene y con un pedazo de trapo que hace de mecha.

El agua es mala, cada rancho tiene una especie de pozo donde algunas veces mana agua. Es un agua amarilla y sucia llena de algas y bacterias; en esta misma se bañan los animales y hacen sus necesidades. De más está decir que los niños están mal alimentados y con las barrigas

voluminosas llenas de parásitos.

Cuando alguno se enferma, es difícil trasladarlo al pueblo porque en la zona no hay transporte, tienen que sacarlos en chinchorros que cuelgan al hombro y son muchas horas de camino para llegar al pueblo. El único transporte del campesino es la mula.

En la zona no hay escuela; niños, jóvenes y adultos viven y crecen sin saber leer ni escribir; ellos manifiestan que quieren aprender porque están cansados de que les engañen y roben.

Un detalle interesante que todos recuerdan: los políticos, de diversos partidos, los visitan en época de elecciones y durante más de veinte años les han ofrecido mejorar esa situación.

A pesar de este cuadro deprimente, el hombre del campo se encariña con su tierra. Hasta de su tristeza hace poesía y de su corral canción. A veces su alma se desborda en música y canta la belleza de la tierra, el cariño que día a día va depositando en el animal, en la cabra recién parida, en el túrpial, en el perico que se la pasa junto al árbol del corral.

Para estos campesinos es dura la vida y se presiente que no tienen otra salida de inmediato y su destino es morir donde nacieron. ¡Y cómo nacen!... Presencié inesperadamente, un parto, que me dejó perpleja. La mujer que iba a tener a su hijo que hacía el número 14, me dijo: ayúdame; ella se tendió en el suelo, se agarró fuertemente del travesaño central del rancho y sin dar un grito, con el llanto y el dolor reprimidos, fue entre-

gando a esa tierra un hijo varón. No había donde calentar el agua y la leña estaba húmeda; siguiendo las instrucciones que ella me daba, pude ayudar a que ese niño pasara a sus manos. El padre de la criatura hacía tiempo que no estaba con ella ni llegará a saber que esa noche del 26 de marzo a la luz de una mortecina luz de kerosene él se convirtió en el padre de un hijo desconocido.

Yo estuve días compartiendo con esta gente sencilla que brindaron sus casas con mucho cariño, para pensar juntos cómo organizarse y ser solidarios. Nos reuníamos todas las tardes al terminar las faenas y regresábamos a casa con la luz de la luna y a tuestas entre el monte. Los campesinos pusieron las condiciones para que fueran unos días vividos en la fe y el compromiso. Hacíamos la Celebración de la Palabra; ésta formaba parte importante de esa vida pero lo que en ella simbolizábamos trascendió a un compromiso de verdaderos cristianos. Compartíamos su rancho, su fogón; su calor, sus conversaciones, cuentos, juegos y adivinanzas, sus preguntas y respuestas, su risa y alegría.

Durante estos días nos encontramos con un espíritu lleno de amor, celebramos la vida que estábamos encontrando, vivimos como hermanos, comprendimos mejor el sufrimiento al compararlo con la muerte y resurrección de Jesús. Revivimos la dimensión de la esperanza en la posibilidad de organizarnos para mejorar las condiciones de vida, en el Distrito Democracia.

